

EL SUPLANTADOR INGENUO.

AUTOR: HUGO EDUARDO DIAZ.

www.hugoeduardodiaz.com y “www.hugoeduardodiaz.cl”

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 151.550.

SANTIAGO DE CHILE

UNO DE ENERO DE 2005.

“La venganza de don Francisco” es el título del libro de cuentos del escritor chileno Hugo Eduardo Díaz. Esta obra es una selección de cuatro cuentos: “La venganza de don Francisco”, “La cómplice”, “El suplantador ingenuo” y “Héroes sin nombres”.

En cierto país de América del Sur un maniático general, tras un cruento golpe militar y una seguidilla de asesinatos en masa, logró gobernar por un largo período convirtiendo la nación en una inmensa cárcel. Y hasta que por fin el malvado y sus secuaces militares y civiles, es derrocado gracias al poder de los votos populares, con la ayuda generosa y también cansada paciencia de los que en su tiempo fueron los países encubridores de la ruta del ahora rebelado jefe de facto de ese pequeño estado.

Fue en ese año y tiempo, cuando regresó -según decían los eslóganes- la alegría a la gente modesta, perseguida y apresada, y también a los espíritus de los siempre silenciosos observadores, reclamadores todos de solamente libertad.

Antes que llegaran los momentos de los jubilosos saltos de contento popular, las víctimas con causa o sin ella,

sobrevivieron durante largos años enmascarando su pensamiento y cooperando en la resistencia ya en sus empleos, ya en los cuarteles, o en las oficinas públicas, bancos, fábricas, etc. Todos trabajando para engrandecer a la Patria, según discurseaba el general, pero todos también con la espada metida por la parte donde más duele. Pero como nunca faltan los héroes en los momentos cruciales, anónimamente un sujeto, quizás inocente o a lo mejor valeroso, o posiblemente para calmar sus ansias de detener su larga cesantía, aprovecha la oportunidad de emplearse ocupando un cargo de cierta responsabilidad, todo conforme a sus calificaciones académicas.

Al poco tiempo la satisfacción de ese hombre de sentirse útil a la sociedad y sobre todo por estar laborando por la estrella solitaria de su gloriosa bandera patria, como se comentaba en las esferas oficiales, se va dando cuenta del engaño.

El fruto de su esfuerzo, maltrato, humillaciones, bajo salario, etc. iba a parar directamente a los bolsillos de los flamantes socios de la también nueva empresa usurpada gratuitamente a organismos estatales por pseudo patrióticos miembros del gobernante poder militar imperante.

El hombrecillo, conculcado en sus creencias y buena fe, cansado de soportar tanto descaro, por decir lo menos, se interna en la peligrosa y dificultosa tarea de encontrar a algún militar honesto, reviviendo el paradigma de Diógenes, el filósofo griego de la antigüedad. Este ciudadano ateniense no contento con el largo “destape” de su pueblo y como seña

de protesta por las orgías, degeneración, feminización de los varones, pérdida de los valores que hicieron grande a Atenas, desde el tonel donde vivía andrajosamente y a la vista de todos, advertía y gritaba al gentío la inexistencia de hombres; se le veía por el centro de Atenas, a pleno sol y caminando entre la muchedumbre, portando una linterna encendida, buscado afanosamente entre la multitud “un hombre”. Los verdaderos hombre ya casi no existían, la depravación hacia estragos, los habitantes de la capital del mundo de esos tiempos, de grandes y valerosos soldados estaban siendo sumidos en la corrupción, en la vida fácil y placentera. Era el principio del fin de la grandeza griega.

Y este hombrecillo, aquí en este desconocido país americano, víctima de la represión, ignoto ciudadano modesto de su nación, encontró al hombre que buscaba, al militar verdaderamente patriota y con el honor incrustado en su corazón. Pero pronto el soldado, este novicio rebelde y justiciero, fue descubierto por los terribles servicios de inteligencia militar y fue muerto cumpliendo el sagrado y juramentado cumplimiento de su deber. El hombrecillo anónimo, héroe secreto, logró escabullirse sin ser identificado, escapando así a un ejemplar martirio y a integrar la lista de los N.N., de los desaparecidos.

Sobrevivió durante todo el largo período de la dictadura llevando a cuevas sobresaltos y temores. Caminando de lado, mirando siempre hacia atrás, mirando por las ventanas, era su diario vivir. Al ver desde lejos algún humano vestido de civil, con lentes oscuros y corte de pelo sospechoso, sus nervios lo hacían palidecer. No podía evitar el sudor frío que le empapaba la camisa cuando un simple carabinero,

bonachón y buena gente, se le cruzaba en su camino. Con los años el trauma fue creciendo y agravándose. Años después llegó el día de la alegría, de la libertad, de los gobernantes democráticos, ex-compañeros, según todos afirmaban, pero el hombrecillo siguió con sus zozobras, con su creencia de ser perseguido, de ser atropellado en plena calle, de ser asesinado por venganza por maleantes mandados por los comandantes, coroneles y generales, ahora presos y cumpliendo sus condenas en una lujosa parcela campestre, bautizada con el nombre de un pájaro, según parece.

Por causa de su casi paranoica vida, el hombrecito no gozaba los días. Pasaban los años y él aún seguía con su gran temor sobre sus espaldas. Él con su razón especializada ya en buscarle el “cuesco a la breva”, despreciaba a aquellos, casi a todos, que olvidando los tristes días de los sufrimientos de hacía ya más de una treintena de años, hoy aplaudían a los ex-compañeros que desde sus altos cargos gubernamentales, incluyendo a los democráticos jefes de la nación, usaban mil sofismas para justificar el olvido de lo sucedido, ahora en solapada colaboración con los señores de la dictadura. Ahora, según, afirmaban, todos eran buenos ciudadanos. El país era uno sólo, afirmaban sonrientes por las pantallas de la televisión.

En sus noches, el nuevo Diógenes, veía acrecentar sus miedos, sospechaba que los asesinos en ciernes ya no eran solamente los antiguos esbirros uniformados, sino que también los que se encumbraron en la cresta de la alegría y se abrazaban ahora con sus aliados, los antes enemigos.

Pero el hombrecillo era un tozudo. Ya canoso y medio enfermo, su mente le exigió no morir sin antes decir su verdad. Se esforzaba ahora por cuidarse, no deprimirse, ni enfermarse. No quería morir llevándose a la tumba todo lo que pensaba de éstos y de aquellos.

Quizás demente o no, el asunto es que el hombrecillo, que al parecer no era tonto, con su escuálida jubilación, de verdad de indigente, obtenida ésta después de una ardua acción judicial y con la generosa aprobación de los ex-compañeros en el poder, logró adquirir una de esas mágicas maquinitas con memoria prodigiosa, los famosos P.C., en inglés, por supuesto, y cumple su último sueño dorado: convertirse en escritor, aunque lo que escriba sea publicado en dos siglos más. Total, pensaba, no iba a ser el primero al que el poder dominante le impedía, le ocultaba, le escondía, le desperfilaba, menospreciaba, etc, sus escritos. Lo estimulaba a seguir en su obsesión, cuando se acordaba de los miles de libros, crónicas, memorias, testimonios etc., destruidas u ocultadas por siglos en milenarias catedrales, por narrar y decir las verdades de su tiempo y escritas por hombres sabios y verdaderos, como los que buscaba Diógenes. Traía a su agitada mente las obras no destruidas, pero silenciadas y descubiertas hace poco: Alonso de Góngora Marmolejo, Felipe Huaman Poma de Ayala, Diego Trujillo, Pedro Sarmiento de Gamboa, por nombrar algunos.

Al recordar la historia, consciente de la inteligencia colectiva de este animalito que se llama ser humano, respiraba tranquilo gozando anticipadamente su casi esquizofrénica venganza.

Y lo estaba logrando. Escribía y escribía. Forzaba su memoria sensitiva, emotiva, visual, olfativa y las otras, para

dejar constancia de los terrores soportados en el siglo que le tocó vivir.

Desconociendo totalmente los principios y reglas literarios, implantada como códigos a respetar por los señores críticos en la materia, se decidió crear su propia forma de contar sus problemas y la de sus semejantes también, bebedores de mentiras. En suma, él no estaba escribiendo para ganar uno de esos premios establecidos por reyes y príncipes europeos y menos por un galardón donado por algún banco o empresa multinacional extranjera. Él estaba convencido que las futuras generaciones algún día descubrirían sus obras, sería elevado de las sombras y conocerían las barbaries cometidas en este desconocido país y en siglos ya pasados.

Mudo en su trajín enfermizo, con su secreto de casi loco, desconfiando de todo y de todos, su mente ahora caminó hacia el ocultamiento de su labor mesiánica. Temiendo ser descubierto y asesinado, guardaba bajo siete llaves las páginas en las que día a día iba volcando su resentimiento y odio creador e impulsor de su monstruosa energía.

Mezclaba en sus escritos realidad y ficción cuando era necesario y cuando las ideas arribaban a su mente y su cerebro lograba ordenar a sus veloces dedos escribir fielmente las palabras y frases interpretativas de esas luces de rencor social, lanzaba al aire satánicas risas como si quisiera con ellas escupir a quienes tanto lo han ofendido y humillado.

Pero no obstante su desconfianza y recelo, el hombrecillo pensó que por fin había encontrado entre miles, como Diógenes nuevamente, a un hombre honesto en quien confiar y contar su vengativa e histórica, según creía, hazaña. Dudó al comienzo, aunque se reconoció subjetivo y prejuicioso, por el sospechoso e estigmatizado nombre del hombre. Se llamaba Judas, como el famoso santo milagroso objeto de plegarias y rezos, pero también como el otro Judas, el Judas Escariote, el símbolo de la traición. No durmió bien durante varias noches, pensando en esta gran dificultad. Pensaba que era una maldición el haber encontrado entre miles un buen ser humano y éste resulta llamarse Judas. Él, el vengador pseudo escritor, dudaba de los milagros, desconfiaba, y con razón.. Era, según sabía, el nombre más maligno del mundo, el único y gran traidor que andaba en la boca de todos, de moros y cristianos, y que, no obstante su acción traicionera, seguía siendo recordado. Este Judas, judío del año uno del cristianismo, era tan afamado como Jesús Cristo, su víctima, divina según se cree, traicionada, asesinada y providencialmente resucitada, para el bien del mundo y enojo de los perversos, cavilaba el insano hombre de la pluma.

El desquiciado hombrecillo, que aunque perturbado y obseso, no era ingenuo. Primero se dio el trabajo de calibrarlo, de medir en lo posible su grado de honestidad y después analizó su nivel de inteligencia. Después de un tiempo se convenció que su confidente era un ser como todos; calculaba su C.I. en no más de ochenta y escasamente, por lo tanto no era un peligro en cuanto a competencia en este campo. Pero como una norma de seguridad, aparentó ante él, ser un sosegado miembro de la

pasiva tercera edad, ocupando su tiempo libre tratando de escribir un cuento para leerlo en alguna reunión social con los otros abuelitos y abuelitas, al frente del popular alcalde del pueblo y como suprema esperanza de ser premiado y honrado con uno de los diplomas, que con tanta generosidad otorgaba el ambicioso señor jefe municipal a quienes solían adularlo.

Los cientos y cientos de páginas escritas por el maniático mental, debidamente numeradas, corcheteadas y ordenadas según los contenidos relatados, iban siendo guardadas en su mueble metálico, luciendo un poderoso candado. Todas las noches, al terminar su auto impuesta y agotadora jornada de creación, a veces casi a la amanecida, el desquiciado miraba con maléfico goce su baúl casi repleto con su obra, que según imaginaba su afiebrada mentalidad, sería inmortal.

Con el paso del tiempo, su confidente no volvió más. Sabio, a pesar de su casi locura, el hombrecillo se limitó a suspirar. Conocía demasiado bien el alma, así se dice, de los seres humanos.

La casa donde habitaba la demencia vengativa era el comentario del vecindario. Cuando salía a la calle el pobre hombre no podía disimular su delirio de persecución.

Él estaba convencido que ya estaba siendo considerado por la policía secreta especializada en cazar subversivos como un peligroso terrorista, de esos grandes, de los que en su intento revanchista matan a cientos de víctimas o como el

escurridizo Bin Laden. Pero él era un hombre pasivo, físicamente inofensivo, incapaz de dañar a nadie, pero el quería ser el más grande insolente intelectual, todo bajo la protección y seguridad de la muy sagrada libertad de opinión, de prensa, de conciencia, además de las otras y la amplia y muy usada libertad sexual. No tenía nada que temer, si llegaban a descubrir el contenido de sus escritos. Pero a pesar de esas sesudas y razonables deducciones, el no temía a la ley establecida, pues estaba ejerciendo los garantizados derechos humanos garantizados por la muy respetable y antidemocrática constitución del país, herencia aún intocada y sagrada del depuesto dictador del país.

Cierto día toma conocimiento a través de los medios de comunicación de un suceso que acrecentó transitoriamente su perturbado comportamiento y su antiguo trauma. La noticia en primera plana daba cuenta a la nación del extraño caso de un horrible homicidio, semejante a los cometidos hacía casi ya tres décadas pasadas. La policía había encontrado a un hombre de nombre Judas con muestras de haber sido torturado y muerto con horrorosa crueldad. Agregaba el comunicado de prensa que la policía -la actual, la renovada, de buenos modales y trato, sobretodo muy democrática- temía que el crimen era obra de antiguos miembros del poder dictatorial que durante años buscaban afanosamente al hombre que en la otra época trató sin éxito de dañar su reputación y honor.

La jefatura policial estaba convencida que la prueba que sirvió de identificación a los asesinos del hombre implicado en intentar manchar la honra de los hombres amantes de la Patria, había sido unos cuentos que el occiso portaba,

conjuntamente con el original de un comprobante extendido por el Departamento de Propiedad Intelectual de la Dirección de Bibliotecas, Museos y Archivos del país. Judas, el confidente, además de traidor había sido también ladrón de inteligencia, aunque sea ésta mínima e insignificante, pero al fin cualidad humana..

Durante días el afligido e incógnito ahora hombre de letras, repasó sus recuerdos, paso a paso, detalle por detalle, día por día, semana por semana, etc. acudiendo a su potencial cerebral. Después de analizados y sintetizados todos los recuerdos de los últimos treinta años de su temerosa vida, captó la verdadera realidad. No estaba enfermo. Su mente funcionaba correctamente, casi como un reloj suizo.

Toda las peroratas de los psicólogos y los kilos de antidepresivos recetados por el psiquiatra e ingeridos durante años, como malo de la cabeza, no habían podido hacerle, afortunadamente, adormecer el inmenso instinto de conservación que poseía. La atención médica psiquiátrica gratuita, gracias a las franquicias otorgadas por los ex-compañeros, dueños ahora del Gobierno, había fracasado, porque si los psiquiatras lo hubiesen convencido que el peligro que temía era realmente imaginario, hoy estaría con toda seguridad ocupando el lugar donde Judas, el traidor, estaba pagando su deslealtad tendido bajo una fría capa de cemento.

El delirio de persecución, la paranoia, la esquizofrenia galopante o algo así, que le habían diagnosticado los doctos

pero incompetentes profesionales de la mente del Centro Antitrauma, o algo así se llamaba, del Servicio de Salud, era más falso que Judas, no el santo, sino el hombre que por querer suplantarlo y plagiarle su obra, había sido casi descuartizado. Como dice la gente y que repetía incesantemente el creído gran caballero de las letras: Dios castiga, pero no a palos. Si es que existe, agrega sonriente el ahora saludable hombrecillo ignorado, pero aún vivito y coleando.

Pero, desgraciadamente, aún con todas estas evidencias, el pobre hombre en una de sus noches de conjeturas y divagaciones mentales, se acordó de improviso de lo que siempre había escuchado decir: “El loco de verdad jamás acepta que está loco”. En su inquietud por auto diagnosticar su estado mental la combinó con esta otra frase que ronda en las cabezas de todos: “Si empiezas a dudar de tu cordura, no estás loco”. En suma, para tranquilizar su espíritu, se durmió plácidamente, dudando firmemente de lo poco razonable y normal que era la actitud asumida ante la vida y sus semejantes. Pero al día siguiente, su furor volvió a empujarlo con más vehemencia hacia el recipiente computarizado donde iba depositando sus pareceres y convicciones, con la intención, según seguía creyendo, de ayudar a humanizar a sus congéneres. Caso perdido.

AUTOR: HUGO EDUARDO DIAZ.

www.hugoeduardodiaz.com

www.hugoeduardodiaz.cl

SANTIAGO DE CHILE – 01 DE ENERO DE 2005.

HÉROES SIN NOMBRES.

**AUTOR: HUGO EDUARDO DIAZ
REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 151.550
SANTIAGO DE CHILE
UNO DE ENERO DE 2005**

**EL CUENTO “HÉROES SIN NOMBRES” ES UNO DE LOS
RELATOS QUE CONFORMAN EL LIBRO “ LA VENGANZA DE
DON FRANCISCO” DEL ESCRITOR CHILENO HUGO EDUARDO
DIAZ.**

**.¿Sabes qué luego podrías morir?, preguntó el coronel
Littre.**

-No lo sé. Nada he hecho. Contestó el prisionero.

-¿Cómo que nada has hecho?

**¿Te parece poco el daño que has causado? Has estado
durante este último tiempo predicando no como los evangélicos,
que bien venidos sean sus sermones de buena voluntad, pero tú
dices verdades terrenales, abres mentes hacia el conocimiento
que justamente es el embrión de las grandes rebeliones. Es deber
acallar y ocultar la realidad que, como paradoja, es por el bien de
todos. Se miente y engaña porque es necesario para nuestro
bienestar. El mundo es así, ingenuo amigo.**

**-Usted es el engañado, el crédulo, que ha caído a la ruindad
por su ignorancia o talvez por su egoísmo. Por sirvientes como
ustedes está la tierra cubiertas de cadáveres inocentes. Tipos
como usted abundan en todo lugar, en las universidades, en los
templos, en los parlamentos. Ustedes son únicamente las**

marionetas con espadas, de esos grandes caballeros de las fortunas fabulosas.

-Habla tus verdades, tienes razón, por eso es que mis superiores piensan liquidarte. La verdad incomoda, es cierto, altera el buen vivir, agria el sabor del buen vino y hace ver nubarrones al corazón. Vivir en la mentira es la inteligencia del hombre feliz. Ya ves cómo murió el hombre más bueno del mundo, el hombre que se atrevió a pregonar la verdad entre los suyos, hace dos mil años. Falleció inmolado, crucificado.

¡Y cuántos como él siguen siendo ultimados de manera semejante! -¡No, mi amigo! Yo soy solamente un hombre corriente, mi amigo, pero no soy tan imbécil para no darte la razón y admirar tu valor como ser humano.

Dos días antes de este espiritual diálogo que en una celda mantenían el coronel Littre, encargado de la custodia, con su prisionero Juan Canuteo, en el Cuartel General del Ejército, se habían reunido los altos Jefes de la Guarnición para decidir, como dioses, los prisioneros que deberían morir o vivir. En el gran aposento y sentados alrededor de una inmensa y brillante mesa de nogal, examinaban el lote de expedientes de los reclusos por motivos políticos, mientras en el cabezal del mesón escrutando a sus subalternos estaba el gran general, el recientemente ascendido por él mismo al grado de Capitán General.

-Caballeros, ya hemos decidido la suerte de la mayoría de estos malandrines, pero nos falta analizar a uno que me ha quitado el sueño, por las primeras informaciones que ustedes me han hecho llegar. Quiero ser justo y espero que ustedes me ayuden a no cometer alguna injusticia, pues la Patria y nuestra bandera nos está observando.

-¡Coronel Littre, usted tiene el expediente!... ¡Infórmeme los detalles! Inició el debate y ordenó el Gran General.

-¡A su orden mi general! El prisionero se llama Juan Canuteo, mi general... Fue detenido en la plaza principal de la ciudad en una concentración política... Es el que hace cabeza de un movimiento desprendido de los evangélicos... No hemos podido averiguar con certeza si este sujeto tiene enlaces con los subversivos marxistas, que aún andan sueltos por ahí... Los servicios de inteligencia han informado que este individuo es un hombre que solamente predica... Se le han hecho seguimientos y nunca se le ha encontrado actitudes sospechosas de ser un extremista y menos terrorista... El hombre solamente habla, denuncia y pregona lo que sabe a las personas que lo siguen...

-¡A ver!... Deténgase un momentito, Coronel... ¿Cómo es eso de que el hombre solamente habla, denuncia y pregona?... Peligroso asunto ése...¿No lo cree usted así, Coronel?... ¡El problema es qué habla, qué denuncia y qué pregona el tal... ¿Cómo se llama el revoltoso ése? -detuvo la exposición y gritó el Gran Capitán.

-¡Juan Canuteo, mi general! -respondió y gritó aún con más firmeza, el coronel Litte, expositor del tema.

-¡El Canuteo ese es un grave problema!... Así que habla, denuncia y pregona lo que sabe... -musitaba el Gran Capitán- mientras el cuerpo de oficiales superiores escrutaban, miraban cada gesto, esperando las acostumbradas reacciones inesperadas del Gran Capitán.

Después de unos instantes de más temeroso que respetuoso silencio por los pensamientos del señor Gran Capitán, éste levantó su campechano rostro de agricultor extranjero del sur, miró dos segundos la faz cuadrada e impertérrita, casi militarmente germánica del jefe de su servicio de inteligencia y le dispara su voz de mando:

-¡Coronel Heilman!... ¿Y usted, general?... ¡Infórmeme!... Hable lo que sabe sobre este malandrín hocicón! -¿Qué antecedentes han acumulado sus hombres, sobre este asunto?

-Mi general, lamento comunicarle que el asunto es más grave de lo que pareciera. Es un hombre reconocido como un pacificador... Ataca los métodos violentos. Sería una locura eliminarlo acudiendo a tácticas de inteligencia como el presentar su cuerpo acribillado aduciendo un enfrentamiento con nuestras fuerzas... Nadie creería esto, menos las O.N.G., Amnesty Internacional, La Cruz Roja Internacional, etc. El hombre, mi general, no es un necio. Sabe tanto como nosotros en cuanto a los poderes, a la historia que hemos elaborado, a nuestros colaboradores como las iglesias, los grandes empresarios, la ayuda de nuestros colegas de otros países, etc... Y el hombre convence, mi general... La gente cuando lo escucha, se va a sus casas pensativa... Este gallo los hace pensar, les está enseñando la verdad, mi general.... Este gallo es más peligroso que un extremista y mil veces más dañino para nosotros que el más inocente terrorista... Individuos así, que por fortuna son muy escasos, no solamente hay que cortarles la lengua, mi general, sino que hay que hacerlos desaparecer y después denigrarlos, inventarles infamias... Y para agravar más la situación, el desgraciado tiene como seis hijos, algunos ya en la adolescencia... No sé realmente qué medida recomendar, mi general. Me gustaría que el Padre Capellán, Coronel Jossuett, si usted lo permite, nos orientara...

-¡Qué orientación, señor! -¡La cuestión está clara, la ley pareja no es dura...!

Hemos liquidados miles ya, y muchos únicamente por aplicar tácticas probadas por su eficacia en lo que respecta a sembrar el miedo y el terror. La gente, mis estimados oficiales, es cobarde, es temerosa, salvo algunos pocos que tienen cojones lo suficientemente grandes para enfrentarnos, tal como lo hacían

los mapuches, y por eso es que a éstos nos vimos en la necesidad de liquidarlos casi a todos. Esos guerreros, mis caballeros, eran dignos rivales nuestros, pero justamente por eso, por su bravura, decidimos exterminarlos, o si no... ¿Qué sería de nuestra civilización si los dejábamos procrear y parir a sus mujeres hombres de tal calidad? Antes de tomar una decisión, me gustaría saber la opinión de mis otros oficiales... ¿Qué piensa usted, Padre Jossuett? Terminó su perorata el Gran Capitán y apuntando con su dedo índice al religioso vestido con el uniforme de coronel de ejército.

-¡A su orden mi General! –Yo, como siervo de Dios y representante de mi iglesia, seguidora de los mandamientos de Nuestro Señor Jesucristo, y en mi calidad de consejero espiritual de los patriotas que conforman este glorioso ejército me voy a permitir a opinar, con la venia y autorización de mi Gran Capitán, sobre este delicado tema que estamos tratando. Mi general debe tomar una decisión y sea cual fuere ésta, mi deber es apaciguarle su sentimiento de culpa, tranquilizar su alma y la de todos ustedes, caballeros todos, por el silencio que deberán guardar en sus corazones, todo por nuestra patria, nuestra bandera y por nuestra sagrada disciplina y obediencia. Nuestro guía, nuestro señor Jesucristo, está con nosotros y la vida de este hombre depende de lo que él, nuestro señor Jesucristo, ordene a nuestra alma. Amén.

-¡Muy bien, Padre Jossuett, entonces estamos todos de acuerdo! Seremos piadosos. El forajido será ajusticiado sin causarle dolor. Lo daremos de baja de la forma más hermosa de morir: una bala en el corazón, cuando esté dormido y soñando. Se le suministrará un alucinógeno en la colación. Despertará feliz bailando cumbia junto a San Pedro. Para hacerle grato los últimos momentos, he tomado la decisión de darle la misión de entretener al condenado en sus últimas horas al ilustrado coronel Litte, ya que sé de su gran sabiduría y sensibilidad. ¡Yo no sé cómo ha

llegado a coronel, este hombre, mi gran amigo! Finalizó exclamando sonriente el Gran Capitán.

Al concluir la reunión, el Gran Capitán le hizo una disimulada seña al coronel Heilman, Jefe de los Servicios de Inteligencia y le ordenó sonriendo cazurramente:

-General, aplíquelo al lenguaraz ése el artículo 23 de las órdenes confidenciales... ¡¿Entendido?!

-¡A su orden, mi general! -¡Perfectamente comprendido, mi general! -respondió militarmente el adiposo Heilman, Coronel y Jefe del Servicio de Inteligencia.

Y en la celda continuaba la casi tertulia entre Juan Canuteo y el coronel Litte.

-Me siento muy orgulloso que mi general me haya designado a mí en esta misión. Y tiene razón mi general; para un prisionero excepcional, como lo eres tú, es necesario también un militar con dotes también extraordinarias como yo, con la sensibilidad, los conocimientos y la inteligencia adecuada para convencerte que la desaparición de gente como tú es necesaria para proteger el mundo democrático, garante éste de todas las libertades, incluyendo las sexuales, los derechos humanos de los niños, de los discapacitados, de la tercera edad e incluso los sagrados derechos a la vida de los animales, incluyendo las cucarachas, pero jamás las que perturben y socaven las raíces en las que se basan la fortaleza del sistema: la ignorancia, la mentira, la falsedad, cimientos éstos de la perpetuidad de la propiedad privada.

El pobre buen Jesús, nuestro señor Jesucristo, lo asesinaron por predicar la igualdad, el reparto equitativo de los bienes ¡Una quimera hoy, y un sueño loco, peor que los desvaríos de don Quijote, hace dos mil años! -¡Una locura, hoy y ayer!... Quizás con el paso del tiempo... Pero... ¿Cuántos millones de muertos costará cumplir los deseos de Nuestro Señor Jesucristo? -¿Has pensado en esto, Canuteo?.

El coronel, al formular esta pregunta y terminar este casi monólogo consigo mismo, transpiraba, aunque no hacía calor. Sus ojos se habían enrojecido y su semblante mostraba una palidez poco habitual en este hombre de uniforme de coronel de ejército. El pobre hombre sabía muy bien lo que estaba haciendo. Sabía que estaba tratando de justificar su accionar. No estaba confundido, sino que estaba convencido de estar mintiendo y todo por no engrosar la eterna muchedumbre descontenta y sufrir los padecimientos y persecuciones infames a que eran sometidos estos seres humanos, portadores de verdades.

El coronel era un hombre culto, como pocos en el ejército. Es sabido que hay generales y oficiales antiguos que apenas tienen cursado el cuarto año medio. Y él era Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, y Licenciado en Sociología, en tiempos en que había más libertad para incursionar profundamente en conflictivas disciplinas como la filosofía, abarcando todas sus posiciones, la sociología, ética, moral, etc.

Quizás como una forma de aliviar su conciencia y también para evitarle preocupaciones al ya condenado Juan Canuteo, el coronel Litte soslayaba cualquier atisbo que sirviera de aviso al prisionero del peligro que corría. El coronel sentía un placentero sosiego al recordar que su interlocutor no tendría oportunidad de sufrir apremios torturantes, ya que sería dopado primero y posteriormente asesinado con un tiro en pleno sueño.

-“Sí, que he pensado en eso. Pero es la fuerza de la naturaleza que impulsa a los seres humanos a luchar por lograr una vida mejor aquí en la tierra. Es casi una ley de la vida. Algún día las multitudes avanzarán como un torrente y destrozarán cercas, murallas, defensas hechas con embustes y tapizadas con sangre de millones de hombres y mujeres. Llegará el día de la construcción del paraíso que Jesús avizó hace dos mil años. Para que eso suceda, talvez sea necesario sacrificar millones de vidas durante muchos años. Pero al final, el ser humano vivirá

libre ya de egoísmos, codicia, envidia, de enemigos. Será el edén, que tanto se pregona que está en el cielo, pero él está aquí en la tierra, esperando a que los pueblos arriben a él, pero luchando y muriendo”. Se atrevió tozudamente a fundamentar su actitud, el terco Juan Canuteo.

El coronel escuchaba atentamente a su prisionero y en su cerebro vencía la tesis de que hombres así estaban condenado a morir, no por una condena militar dictatorial, sino por la sociedad actual, dado el nivel actual de desarrollo social y mentalidad de ésta. La sociedad seguramente al escuchar a Juan Canuteo, levantaría sus brazos y bajaría el pulgar pidiendo muerte, tal cual lo hacían los romanos en sus fiestas sangrientas en los circos de los primeros siglos.

El coronel, después de desearle a su custodiado un amable y un dudoso, para él, buenas noches, se retiró a su cuarto, ubicado éste dentro del recinto militar de reclusión. Esa noche no iría a su hogar. Le preocupaba la suerte y la muerte de Juan Canuteo. Esperaba que ésta fuera piadosa, tal como lo había ordenado el Gran Capitán.

A medianoche, la puerta de la celda de Juan Canuteo fue abierta por dos soldados armados. Ingresaron, lo engrillaron y le vendaron la vista, sin siquiera la emisión de un quejido de Juan Canuteo. Trasladado a un lugar desconocido fue tendido desnudo en un mesón metálico y fuertemente atado.

El general Heilman estaba cumpliendo la orden que secretamente le había impartido el Gran Capitán: aplicar al prisionero Juan Canuteo el artículo 23 de las Órdenes Confidenciales, la cual describía detalladamente las medidas disciplinarias y correctivas a aplicar a prisioneros subversivos que se hagan merecedores de tales disposiciones. El recinto estaba acondicionado especialmente para evitar la propagación de sonidos alarmantes que puedan traspasar las murallas. Cables

eléctricos con sus respectivos enchufes serpenteaban por el piso.

En una esquina, de pie, con sus piernas separadas, luciendo hermosas y brillantes botas negras de caballería, su impecable y elegante uniforme de coronel, gorra modelo alemán, lentes ahumados y fusta en mano, imitando, inconscientemente tal vez, a un mariscal nazi. Tal era el aspecto de este señor defensor de los valores patrios y listo para comenzar su faena patriótica.

Cuatro eran los caballeros que lucían el emblema de la estrella solitaria de su país y que eran diestros en aplicar disciplina y buenos modales a los prisioneros políticos desobedientes y rebeldes. Uno de ellos se mostraba con un delantal, reluciente por su blancura.

Los expertos en causar dolores casi mortales, estaban ejecutando su tarea hacía ya más de media hora. Juan Canuteo, el martirizado, seguramente acudió a conocimientos de yoga, pues soportó, aunque gimiendo, los tormentos, sin claudicar ni suplicar piedad.

De pronto los oídos de los señores oficiales escucharon algunos ruidos de una muchedumbre que los insultaba y pifiaba.

En la sala del teatro se escuchaba un griterío poderoso e infernal. Casi una revuelta. La gente empezó a cantar el “Venceremos”; se escuchaban los gritos: “El pueblo unido jamás será vencido” y viejas consignas que hacían furor hacía más de treinta y tantos años ya pasados. De pronto entraron al recinto las fuerzas especiales de carabineros a despejar el lugar. Siguió la gente en la calle, gritando enfurecida sus añejas consignas ya pasadas de moda a la salida del teatro donde se presentaba esta cruda y real obra teatral. Decenas de ellos fueron detenidos por destrozos y luego puestos en libertad, menos uno.

La gente no pudo soportar presenciar tanta barbarie que se estaba cometiendo con el personaje de ficción Juan Canuteo. La memoria de la gente había hecho emerger peligrosamente negros

y trágicos recuerdos incentivados con la magia del arte expuesto en forma tan realista por los actores, estimulando en la mente de los espectadores traer al presente imágenes dolorosas vividas hacía algunos años atrás.

La comisaría de carabineros, respiraba ya una relativa tranquilidad. La gente poseída de histeria colectiva y detenida ya había sido puesta en libertad. De vez en cuando, el personal de guardia escuchaba desde uno de los calabozos como una letanía pegajosa la clara y marcial voz entonando la melodía “Venceremos” y de vez en cuando ese mismo vozarrón hacía temblar los tímpanos de los policías con la combativa y desafiante, años pasados, consigna “El pueblo unido, jamás será vencido”.

Era el único asistente al teatro al que no se le pudo otorgar la libertad, por encontrarse gravemente choqueado, según el parecer del Oficial de Guardia.

Confiada la jefatura policial de guardia en la comisaría en que pronto el hombre detenido recuperaría su sano juicio, aconsejó a sus subalternos tener paciencia y esperar. Al cabo de cerca de dos horas los policías dijeron basta. Basta de soportar los ridículos, por pasados de moda y casi olvidados, los más variados y fanáticamente combativos eslóganes, canciones, marchas y frases que eran de propiedad del pueblo descontento hace algunos años atrás. El jefe policial, previa consulta telefónica con su superior, llamó a la ambulancia del hospital. Cuatro camilleros bastaron para dominar y colocarle la camisa de fuerza al hombre con buena memoria y poder así trasladarlo a la Posta de Urgencia.

Mientras el vehículo blanco con sus dos cruces rojas pintadas en sus puertas atravesaba la ciudad con su paciente, el hombre con rostro enfurecido y sin demostrar miedo insultaba a sus guardianes torturadores, según su mente creía.

-Sé que voy a morir, huevones, pero no me harán hablar... No soy un soplón, desgraciados, asesinos... Y tampoco voy a rezar... Recen ustedes, conch.... de su ma...

Al cabo de unos minutos, el hombre desfasado en el tiempo, estaba siendo examinado por un médico, después de inocularle un calmante específico para el trastorno mental que el paciente padecía. El hombre memorió durmió cerca de dos horas. Al despertar estaba tranquilo. Al abrir los ojos, se percató que estaba en un hospital. Miró la hora en el reloj que aún estaba en su muñeca. Eran las cinco de la mañana. Había salido de su casa a eso de las seis de la tarde, del día anterior. Estaba tratando de recordar qué había pasado y por qué estaba tendido en una camilla del hospital. Empezó a recordar... Estaba en el teatro viendo la obra sobre un sujeto que torturaban los milicos... Y su mente de nuevo cayó en profundidades desconocidas... Y de nuevo volvieron los eslóganes, las consignas, las marchas libertarias exigiendo justicia, etc.

Tres forzudos funcionarios de la Posta de Urgencia volvieron a amarrarlo y uno de ellos le inyectó otra dosis del medicamento recetado por el médico de turno. Por segunda vez el traumatado ciudadano sobreviviente de la hecatombe del año 1973, cerró sus ojos por más de tres horas.

Los jóvenes médicos, de promociones recientes, sabían lo ocurrido en el país hacía ya treinta y tantos años solamente por las noticias de los periódicos que de vez en cuando se referían a las atrocidades cometidas por las autoridades militares y por testimonios televisivos o impresos.

Concertados los tres médicos de la posta de urgencia para ayudar al enfermo llamaron a un colega siquiatra, para que lo examinara, hiciera un diagnóstico tentativo y los orientara. Todos inquietos, mientras seguían en sus labores de atención a los otros pacientes, miraban ansiosos al hombre que plácidamente dormía sobre la camilla hospitalaria.

El siquiatra, un experimentado médico ya canoso, se acercó al paciente, para examinar sus signos vitales. Temperatura, presión arterial, pulso y respiración. Todo normal. El galeno de la mente humana secretamente temía por la posibilidad de tratarse de una lesión síquica permanente. Estaba atento para hipnotizar si en los primeros minutos el paciente nuevamente evitaba el presente y viajaba mentalmente al pasado, quizás para nunca más volver. Estaba el siquiatra buscando en su cerebro los datos acumulados sobre los misterios de la mente humana cuando de pronto se posaron sobre él los desorbitados ojos del enfermo. Súbitamente había despertado. El médico dirigió como un reflector su potente mirada al centro de las pupilas del demente y con palabras tiernas y melodiosas lo fue adormeciendo, ahora sin el efecto de somníferos inyectables.

-No tengas miedo. Soy tu amigo. Ten confianza en mí. ¿Me quieres decir cómo te llamas? Le habló el médico.

-Me llamo Efraín Ordóñez Ruiz. Tengo 22 años, soltero, estudiante de Quinto Año Pedagogía de la Universidad de Chile. Militante de la Unidad Popular.

Al escuchar esta respuesta el siquiatra comenzó a preocuparse. El hombre aún estaba en el año 1973. Actualmente el pobre hombre era un ser cano, envejecido, de aproximadamente cincuenta y cinco años de edad.

Después de dos horas de efectiva terapia psicológica logró que el paciente regresara al tiempo y lugar real, sin emitir ninguna consigna ni grito alusivo a la situación política vivida. Después de un fuerte apretón de manos y sonrisas por ambos lados, médico y ex-demente se despidieron cuando ya el reloj marcaba las trece horas, previa reiteración del médico de asistir sin falta al consultorio de especialidades para control médico.

Es sabido en los medios científicos de psicología y disciplinas relacionadas, que casos como el de Efraín Ordóñez

Ruiz son más frecuentes que lo que se cree. Miles de personas que han sido sometido a castigos y tormentos están expuestos a padecer esta enfermedad mental en sus diferentes formas, unas más graves que otras. Algunas con síntomas casi imperceptibles, que ni el mismo paciente ha descubierto. Estas personas cargan con estas intranquilidades durante años, sin percatarse que según pase el tiempo el trauma ocasionado va dañando lentamente el normal comportamiento, la sociabilidad, la visión del mundo que lo rodea, el logro de paz y sosiego, etc.

Efraín Ordóñez, el espectador sin olvido, hacía treinta años, durante el golpe militar y cuando aún era un estudiante universitario, fue uno de los novatos políticos anónimos de los que fueron apresados y sometido a apremios físicos y psicológicos en el lugar de detención. Posteriormente debió cumplir una larga condena carcelaria hasta que logró salir en libertad al cabo de cinco años de prisión.

Cuando se enfrentó con la vida y la gente de su país después de esa larga ausencia fuera de las calles y del contacto popular, fue percibiendo lentamente que el mundo había cambiado. La gente reía como siempre, pero escondiendo hipócritamente su miedo a las represiones masivas y muchas individuales y seleccionadas. Su mente fue captando poco a poco una triste realidad. Era ajeno, un paria en su propio país. Para la gran mayoría él era portador de riesgos, de ser tildado de extremista. Con su mente rebasando resentimiento inútilmente trataba de conseguir un empleo al nivel de sus conocimientos y aptitudes. Imposible. El certificado de antecedentes lo llevaba pegado sin quererlo en su frente. El trauma psicológico escondido en lo profundo de su cerebro inició su camino hacia la superficie, sin que él pudiera percibirlo. Su mirada antes amable y amistosa, se tornó fija, despectiva, despreciativa. Su sonrisa, una mueca y su semblante, antipático. Mientras tanto la juventud, que dicen que es dorada, se le escapaba.

Efraín Ordóñez después de mucho meditar y transcurridos varios meses, decidió acudir a la consulta psiquiátrica del Hospital exhibiendo la arrugada orden de atención expedida por el médico de la Posta de Urgencia. En sus largas reflexiones sobre la conveniencia de someterse a un análisis médico, según razonaba, era exponerse una vez más a desnudar su perfil psicológico y engrosar con todo lujo de detalles las listas que aún estaban en manos de sus torturadores, acechando, vigilando como siempre la conducta de los ex presos políticos que por miles deambulaban por las calles.

Afortunadamente prevaleció la cordura, aunque es posible que Efraín haya tenido una razonable y fundamentada duda.

La Junta Médica, integrada por tres psiquiatras, con todos los antecedentes clínicos y de los otros, analizaban el caso de Efraín Ordóñez desde el punto de vista del diagnóstico y sus consecuencias, del tratamiento y seguimiento.

El Médico Jefe del Servicio de Psiquiatría del Hospital, después de la larga sesión de trabajo y mientras se dirigía a su casa preocupado, recordaba la semejanza del caso de Efraín Ordóñez con los miles de casos que tuvieron que enfrentar en EE. UU. con los ex combatientes de la Guerra de Vietnam, que no pudiendo superar su enfermedad mental, muchos se tornaron terroristas contra sus propios ciudadanos.

Con el paso de los años y guiado por su mente enferma, su aspecto había cambiado. Lucía ahora una mandíbula cuadrada y nervuda, como consecuencia del permanente aprete de sus dientes, mirada ofensiva y directa, andar desenvuelto y desafiante, todo casi semejante a la apariencia agresiva, prepotente y desenfadada de los delincuentes habituales. Nunca hubo camuflaje tan perfecto para disimular tanta sensibilidad y humanidad con una presencia de tales características.

Y todo esto, ignorado por el hombre llamado Efraín Ordóñez. Poco tiempo después este hombre se internó para

siempre en las profundidades de su mente sufriendo y viviendo hasta su muerte los suplicios a que fue expuesto hacía ya tantos años.